

benjamín subercaseaux:



Se ha olvidado demasiado en nuestros días que el arte es un medio de comunicación. Valga decir, un acto social con sus dos elementos indispensables: el que crea, habla, escribe o expresa, y el que "es hablado", o sea, el público auditor o lector. El primero (el autor), "no puede no expresar lo que siente"; es su característica, la especificidad que lo acredita como creador, artista o escritor. El segundo, el socius o público, no es (o no debería ser) un simple espectador pasivo que capta el mensaje con fines de deleite o de emitir un juicio de valores sobre los diversos autores (con el tácito propósito de establecer un proceso de competencia); o de "ilustrarse" sobre tal o cual materia. El público a quien va destinada la obra de arte, el libro y el mensaje que contienen, está, debería estar en la posición de quien procura llenar un vacío, una carencia: algo que él no habría podido descubrir o crear por sí mismo. Más aún, algo que le es indispensable y que no habría logrado ver por sus propios medios. No en balde, en cierta ocasión, llamamos al escritor —puesto que a él nos estamos refiriendo particularmente— "el Ojo Vidente de un cuerpo ciego". Porque así como el ojo físico —ya lo anota la Escritura— "ilumina al cuerpo todo", así también aquel personaje único, irremplazable, que se da por obra del azar o de determinada herencia congénita, permite que la colectividad obtenga información —en el amplio sentido que la Cibernética confiere a esta palabra—. Los hombres todos son diversos, en carácter, estructura física y mental, en capacidad sensitiva, y lo que es más grave, en oportunidades. Las circunstancias de la vida, las diferencias económicas, las profesiones, ambientes y medios, en que se desarrollan las diversas actividades, establecen y fijan límites a su experiencia individual. Tal médico ignora muchas cosas que ha logrado captar el ingeniero; el obrero sabe lo que no siempre intuye el político; el hombre de religión, acantonado en un dogma, desconoce muchas realidades de la vida; la buena esposa burguesa no sospecha siquiera las profundas experiencias de la prostituta, y el hombre de negocios desconoce el mundo y las vicisitudes en que se desarrolla el poeta. El escritor es aquel ser particularísimo y capaz de reinventar el mundo y de comunicar así, a quienes lo leen, la posibilidad de vivir otras vidas que son ajenas al lector y con las cuales jamás habría logrado entrar en contacto. Riqueza de experiencia, préstamos a la sensibilidad ajena, ampliación de la visión de las cosas, de los sentimientos y de las emociones; conocimiento en el sentido vasto de la aprehensión, tal es el aporte que el escritor entrega a la sociedad y que hacen de su labor literaria (tan frívola en su acepción y acción actuales) una función social por excelencia y de la mayor importancia.

Nos excusamos de haber dado comienzo a estas líneas con una suerte de "credo" literario

gonzález vera:

El escritor por lo menos es un espejo de su tiempo. A veces va más allá y es reformador. Lo importante es que su rumbo nazca de un proceso de conciencia y no de miras interesadas o partidistas.

Estimo que el escritor, como crítico de su época, debe permanecer independiente. Aunque no lo pretenda tiene algo de juez, algo de evangelista y el sentido humano está en él más desarrollado que en otros oficios.

Procede de cualquier ambiente, pero termina por estar al margen de las clases. La comprensión es la virtud que en él crece hasta el último minuto.



miguel arteche:

El escritor y la sociedad estarán siempre en conflicto, aunque en ciertas épocas este choque estuvo velado por circunstancias que ahora no cabe describir. El y su obra están tan íntima, tan inextricablemente unidas que del vivir que ejerce el escritor dependerá la trayectoria y la perennidad de su obra, pues ésta dará siempre testimonio de una conducta a la altura de las circunstancias. La obra —es obvio— vale por sí misma; pero esto no significa que ella sea un producto de laboratorio sin relación con el escritor. Más, tampoco es sólo un producto de su condición física, porque en ella interviene siempre aquello que la trasciende. Lo primero que pedimos a un escritor es honestidad respecto a su obra. Pedimos que nos responda, en primer lugar, de su poema, de su novela, de su cuento, de su ensayo. Pero cuando decimos que un escritor debe dar testimonio de un vivir a la altura de las circunstancias, nos referimos a algo más que a su anécdota "vital", y

aquí vale el adjetivo, porque solemos entender por "vital" cosas que no se relacionan con la creación literaria, la cual, quierase o no, es asunto del Espíritu.

Si difícil es llegar a ser escritor —un verdadero poeta, un auténtico novelista—, más difícil y doloroso, es serlo en este lugar del mundo, pues el escritor americano debe sostener una lucha implacable para dominar los materiales de su labor, tarea ardua en la que no debiera cejar nunca. Pues siempre comenzamos a escribir en América —en el sentido de lengua— con bastante retraso respecto a los europeos. Reconocer este hecho, si de verdad somos honrados, significa estar muy alertos ante la conciencia del oficio y ante las dificultades que su dominio ofrece. Sin ese dominio, no hay escritor, ni persona, ni nada.

La primera escaramuza que se produce entre el escritor y la sociedad comienza en el núcleo de la segunda: la familia. Cuando un hombre descubre su vocación de escritor en estas tierras, sobreviene la inevitable ruptura con la familia. Y si la vocación es la de la poesía, entonces el asunto toma un cariz más o menos dramático. En nuestro medio —que es, en general, el hispanoamericano—, el novelista —digamos, el escritor que trabaja con la prosa— tiene alguna posibilidad de demostrar a sus parientes que la literatura produce algo. El poeta, obvio es decirlo, no "produce" nada, pues su "producto" no se puede medir como se mide la capacidad de una máquina, y no es comerciable: es asunto de lunáticos o de personas más o menos ociosas. Ni siquiera el novelista hispanoamericano —hay excepciones, pero son las golondrinas que no hacen verano— puede, como en Europa o en los Estados Unidos, llegar a ser escritor profesional, es decir, un hombre que viva de sus "productos", aunque, por supuesto, existen entre los escritores europeos y los estadounidenses diferencias muy claras. Digamos, de pasada, que en Europa —por ejemplo, en Francia—, aparte de los problemas de una tradición bien asentada que allí penetra hasta en los escritores más revolucionarios, el novelista y el poeta "pertenecen siempre a una comunidad cuyo símbolo puede ser el café parisino o las viejas universidades", y lo que es más importante, están asegurados por "una sólida clase media de lectores". En Estados Unidos, por el contrario, el escritor, si tiene éxito comercial, está siempre al borde de "perder su identidad cuando se deja inficionar por Hollywood o por la ortodoxia del sexo y de la sensación". Esta intensa soledad que invade al escritor norteamericano —derivada de su éxito o de su fracaso como "productor" de cosas que puedan venderse— hace, como decía Spender, que toda la literatura estadounidense sea semejante a un solitario animal que busca, en la oscuridad, el alma que ha perdido. En nuestro caso, esta sensación está centuplicada. Una comunidad, una sociedad cuyas fuentes se encuentran en los viejos países será siempre una sociedad desequilibrada que, o tratará de crear una refinada élite sin contacto alguno con la realidad, o descenderá a las formas más duras y ridículas de los nacionalismos literarios.

Un escritor hispanoamericano —todos lo sabemos, pero conviene repetirlo— debe poseer tal vocación que ella sea capaz de resistir los halagos del dinero o las formas más solapadas de la dirección política: su primer voto será el de la pobreza. La sociedad, en nuestros países, no quiere nada con el escritor porque, entre otras cosas, está fundada en los estratos pecuniarios, en la adoración, más o menos disimulada, de los valores del becerro de oro. Y aquí no cabe ningún regusto romántico,

sergio vodanovic:

Corramos el riesgo de intentar definiciones aunque sepamos que ellas nos quedarán estrechas. Sociedad, es un conjunto de individuos a los que les afecta un mismo acontecer histórico. Escritor, es un individuo cuyo oficio consiste —uso las palabras de Lawrence Durrell— en "recrear la realidad, ordenarla nuevamente, mostrando un sentido profundo". Existe una interrelación entre los miembros de una sociedad que les impone obligaciones y derechos. En su sentido más limitado, estos deberes y obligaciones configuran el orden jurídico. En forma más amplia, se entretejen otros deberes y otros derechos que tienen, en el orden ético, semejante fuerza.

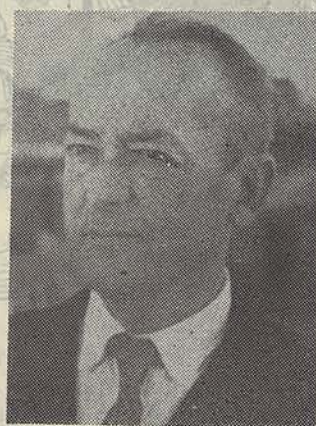
Y si enfrentamos los términos "escritor" y "sociedad" es forzosamente para determinar cuál es la obligación que el escritor tiene ante su grupo social y cuál es el derecho que éste tiene ante el escritor para exigirle su contribución a lo que los juristas han llamado "el bien común". Hemos dicho que la función del escritor nace de su enfrentamiento con la realidad y de su necesidad de recrearla y reordenarla para mostrar su sentido profundo. Ello implica que la materia con la que el escritor

y personal, referente al objeto, posición y función del escritor. Comprendemos de sobra que él establece ciertas limitaciones y que a fin de cuentas no siempre es posible sobreponer esta posición nuestra a lo que el vulgo, y con él muchos escritores, entienden por "Relaciones entre el escritor y la sociedad". Nuestra posición parece involucrar mucho mesianismo y muy poca artesanía. Y es verdad. Este mundo nuestro y actual, caído sobre la economía, se ha dado a considerar la misión del escritor como una de las tantas "profesiones" que permiten a su beneficiario ganar el sustento, a la vez que procura al público un aporte, una mercancía deleitosa y deleitable, como la contrapartida necesaria de todo trueque. Luego, cuando llegan a mencionar su influencia social, polarizan esta acción y esta palabra en el mismo sentido que podría dársele al periodismo: adoc-trinador de masas; procurador de la información dirigida que conviene para determinada causa o propósito: a fin de cuentas, siempre el comercio ideológico y con él, la economía. Se cuenta de Kazantzakis que, habiendo sido éste invitado a una conferencia en la Universidad de Moscú, cierto profesor soviético explicaba ahí a los estudiantes el motivo de la sonrisa maravillosa de aquellos estatuas —las "Cores" del Acrópolis—, sometidas al invariable rictus del arte arcaico. El motivo de esta sonrisa, les decía, deriva del bienestar económico de que el pueblo griego gozaba en aquella edad de oro. Entre el público, Kazantzakis, que al cabo era griego, y que como tal algo sabía también sobre las Cores, sonreía afablemente. El joven profesor sorprendió esta sonrisa, y como ella persistiera en el escritor, lo increpó molesto: "¿Cuál es el motivo de tanta alegría, señor Kazantzakis?" A lo que el otro, sin alterarse, y con el mejor buen humor del mundo, contestó: "Yo puedo asegurarle, mi camarada profesor, que mi sonrisa no tiene la menor base económica..."

Hay algo de esta respuesta en lo que hemos venido sosteniendo hasta aquí. Creemos firmemente en la necesidad de que el escritor piense, si no ha de limitarse a un simple papel histriónico y comercial. Luego, como el acto de escribir es hoy en día una función corriente y al alcance de cualquiera, se hace necesario fijar los límites de lo que entendemos por escritor, si hemos de establecer aquellas relaciones entre lo que el escritor realiza, por obra de una vocación ineludible, y el aporte que ha de recibir su audiencia. En otras palabras, las relaciones entre el escritor y la sociedad. En las demás artes las cosas se presentan con mayor claridad: nadie, en pintura, confundiría al pintor propiamente tal con el pintor de casas, de letreros, de afiches comerciales o con el ilustrador de novelas parlantes. Todos tienen que poseer un oficio, una artesanía, sin lugar a dudas. El pintor mismo no puede ignorar ciertos recursos puramente materiales y que son comunes con los de los otros, por el simple hecho de manejar pinturas. Es evidente. Pero la misión, calidad y propósito, son claramente evidenciables en los unos y en los otros.

Entre escritores no es tan fácil —repetimos— establecer los límites, y todo aquello anda muy confundido. Quien posee bien el oficio, puede distinguirse (y sobre todo, ganar bastante dinero), sea escribiendo novelas de aventuras o policiales, describiendo asuntos con tema folklórico, dándose, en una palabra, a deleitar a su público y a entregarle lo que él le pide... en el peor sentido de la palabra.

Lo dicho no supone que la gran obra literaria tenga que ser necesariamente poco deleitosa y, acaso, mal escrita. Pero estas dos condiciones si se presentan, no son un obstáculo para la existencia de una gran obra literaria, aun cuando sería deseable que lo óptimo primara en ellas en todo sentido. Por otra parte: progresar, adquirir lo que no se poseía, esforzarse en comprender, luchar, con otras formas de pensamiento, de ideas —a veces opuestas a las nuestras— no siem-



Fuera de reflejar a su tiempo, abre nuevas ventanas para ver el mundo. A unos les enseña a sentir, a otros a mirar lo naciente. El ilumina todos los rincones de la sociedad y acuña las ideas nuevas. Si no respeta las palabras, incurre en yerros que tendrán seguidores.

Su influencia es considerable, pero lenta. Crece a medida que se levanta la nueva generación. Lo mejor de su obra es anticipo del porvenir.

La sociedad suele admirar al escritor. No siempre lo acoge y convive con él. ¿Por qué? Porque la convivencia exigiría cultura común, gustos comunes y, sobre todo, una posición económica común.

La obra literaria es de naturaleza gratuita. Salvo excepciones, se vive de otros oficios. El escritor es empleado ínfimo o mediano, alguna vez maestro, y es raro que ejerza profesiones liberales. Existen escritores que ocupan cargos consulares, diplomáticos o jefaturas

escritor y

co, ni el deseo de presentar a los escritores como seres expulsados de la República, lanzados al destierro por una sociedad que no puede asimilarlos. El escritor debe buscar un empleo extraño a su vocación para no morir de hambre. El escritor es un exilado —literalmente— en un mundo que se mecaniza cada vez más. Lo real, en el mundo de hoy, es el hombre de negocios o el comisario político, y no el poeta.

El escritor —repetimos— no puede estar de acuerdo con la sociedad en la cual vive, no porque ella sea buena o mala sino porque se ha desintegrado en formas detrás de las cuales crece la planta cancerosa del dinero o el tremedal donde un tirano vocifera las palabras de la libertad, mientras surge en el limo a aquellos que creían en ella. Por esta razón, cuando un escritor arranca la máscara detrás de la cual se encuentra el rostro más o menos podrido de una sociedad, no hace sino cumplir con su deber. Pero no puede descubrir la llaga de una sociedad y, al mismo tiempo, vivir atacado por esa llaga. No puede escribir sobre el hambre —el hambre física y el hambre espiritual— sin haberla experimentado alguna vez. No puede pedir honestidad a los hombres si su vida, como escritor, es deshonestas. No puede hablar de libertad si está sujeto a una consigna política que, cada cierto tiempo, la cambia de color. No puede callar cuando poseyendo una fe religiosa ve que los hombres que la proclaman corren sólo detrás de los valores materiales. No puede hablar de "vitalidad", de "experiencias", de "redención social" si vive como el más innoble de los burgueses que después de haber escrito alguna página lacrimosa sobre los obreros, es incapaz de soportar su contacto.

Un escritor no es un caudillo político, y ni falta que hace. Su puesto no está en la tribuna sino frente a su mesa de trabajo. Sólo que su mesa debe estar limpia, y esto sí que es una tarea difícil. Debe pensar que nadie escribe para satisfacerse a sí mismo, pues la creación nace con la libertad del espíritu que mueve al escritor, y esa libertad no está encerrada en las cuatro paredes de su habitación. Tiene que servir a los demás, de manera que su novela o su poema haga que cada hombre se sienta más limpio y más libre. Sin embargo, señalemos una falacia: es creer que con una novela, con un poema vamos a transformar la sociedad. Seamos honrados: si con un poema hacemos más limpio a un hombre, ya podemos darnos por satisfechos. No nos midamos por la cantidad. El trabajo del escritor se mueve, en primer lugar, sobre el terreno del espíritu, y es allí donde puede cambiar algo. Sólo en esos períodos en los que una sociedad es trastornada violentamente, pueden los escritores convertirse —y de hecho se convierten— en los portavoces de una nación, y casi siempre, mediante la palabra, inician la lucha contra la tiranía. Pero no es él el que hace la revolución, ni son los poemas los que contribuyen decisivamente a derribarla. Ni siquiera puede decirse que un poeta, por ejemplo, escribe sus mejores poemas cuando se ha decidido a combatir y a tomar el fusil para derribar a un dictador o a una sociedad corrompida. No es lo mismo, decía alguien, "la poesía de una revolución que una revolución de la poesía". Lo que sí conmueve es ver que en esos momentos los escritores no sólo se comprometieron como tales —lo cual, en ciertos momentos, no es nada de difícil— sino que lo hicieron como hombres.

Un verdadero escritor no puede estar conforme con la sociedad en la cual vive y de la cual for-

trabaja es la realidad, lo que es sinónimo de la verdad. Es misión del escritor alumbrar la íntima verdad humana, exhibiéndola tanto en sus elementos perennes como en los mutables. En la medida que el escritor cumple con esta misión, dependerá no sólo su valorización, sino su calificación: sus escritos, emocionarse o interesarse en ellos, le está diciendo que cumple en todo o en parte con esta obligación que él tiene para los demás. El grupo social le exige al escritor que le exhiba una realidad, desprovista de los aditamentos superficiales de que está cubierta, que se sumerge en las inquietudes de su tiempo para extraer una ponencia. Para cumplir con esta exigencia, el escritor tiene el instrumento del idioma. Así como alivian y para ello requiere que sus médicos profunden en sus conocimientos científicos y en el tacer humano y en el empleo del elemento de comunicación que poseen, cual es el idioma. Falta, pues, a su obligación social el escritor que se mantiene en la superficie de la realidad, que no ahonda en ella y que descuida del único medio que posee para dar a conocer al resto, sus hallazgos: el empleo del idioma.

En mi entender, el escritor es un portavoz de la comunidad. El sabe decir ordenada y simplemente lo que, para otros, es apenas una intuición, un caos de sentimientos contradictorios. La necesidad de expresión de una sociedad se satisface a través de su literatura. Y en este aserto, no cabe distinción ni de géneros literarios, ni de sus múltiples tendencias. Personalmente, no creo en la existencia de una literatura "social", porque, para mí, toda literatura lo es desde el momento que ella va a satisfacer una necesidad de los miembros de la comunidad. Dentro de este concepto, caben como literatura social un poema amoroso, un cuento bucólico o una novela psicológica. No obstante, preciso es

pre es tarea fácil y deleitable para el gran público. Para un espíritu superior, siempre lo es. Pero el mundo y la gran masa no abundan en esta clase de espíritus. Además, no abundando (siempre la terrible tiranía económica!), las obras de los escritores de verdad son las menos productivas, y ellos mismos los que peor se pliegan a las necesidades y exigencias de la masa y de los editores. Esto es obvio, en las consecuencias que trae en lo tocante al lector. Nadie sale de la ignorancia por su gusto; nadie es contradecido por placer; nadie logra el estado de admiración —que ya es un placer— si no lleva previamente dentro de sí algo de lo que va a admirar. Es la gran tragedia del artista y del escritor en su afán de establecer una comunicación con su medio; vale decir, de sus "relaciones entre el escritor y la sociedad".

En nuestro país este divorcio es completo. En parte, por el corto número de nuestra población, en parte, por la baja calidad intelectual y moral de las grandes masas "que podrían ser lectoras". Pero no nos apresuremos en juzgar. Si las grandes masas no entran en los dominios de aquella literatura que podría serles aprovechable, y para la cual va destinado precisamente el mensaje del escritor, aquello proviene de que no hay quien les diga lo que los libros contienen. Parece una razón ingenua. Puede que lo sea, pero es una razón práctica. Aún nosotros vacilamos, en una librería, ante la adquisición de un libro que no conocemos: son caros, y muchos decepcionan. Luego, volviendo a aquello del deleite, éste nunca puede estar ausente de cualquier acción humana, si hemos de pretender a que ella se realice. ¿Cuál puede ser el deleite del pueblo ante algo que él ignora? ¿Cómo despertar el apetito ante un guiso cuyo sabor carece de antecedentes en quien pretendemos hacerlo gustar?

No conozco sensación más penosa —y apelo aquí a los colegas que seguramente coinciden en una misma experiencia— que la del escritor que sabe cómo las nueve décimas partes de su obras no son captadas por sus lectores. (Y esto, naturalmente, supuesto el caso de que se haya franqueado la primera etapa de la inapetencia, y que el lector haya comprado el libro). Obras en que trabajamos tres, cinco, diez años; en que hemos puesto lo mejor de nosotros mismos; que encierran mensajes útiles y en ocasiones, únicos, son leídas rápidamente, asimiladas solamente en la anécdota (que siempre los admiradores nos relatan al revés o dándole otra interpretación que la propuesta) para ser sepultadas en seguida en el nicho mortuario de una biblioteca, donde el tiempo las cubre de polvo, mientras el lector anda en busca de otra "novedad"... que correrá igual suerte. Cuando más se dirá (basándose en algún crítico literario ignorante, cuando no, malévolo) que el libro "está muy bien escrito"; "que hay imágenes novedosas" (esto les gusta mucho) y que el escritor "es una promesa". (¡La literatura chilena —según ellos— sería una promesa!)

Y es que en Chile, con harta mayor urgencia que en otras partes, necesitamos de obras que estudien las obras. En otros países, estos estudios son frecuentes y, a veces, de gran mérito literario. Un escritor es algo más que su libro. El escritor —si lo es de verdad— es todo él, un Gran Libro (su obra) en la cual los diversos volúmenes sólo representan compartimientos-pretextos para exponer, bajo diversos cielos y circunstancias, una posición propia, original, que nadie habría podido establecer sino él; que no se habría dado en el mundo si él no hubiera nacido. En una palabra: el mundo y la vida filtrados a través de una personalidad y una experiencia únicas.

Fácil es comprender que no puede haber dentro de una obra literaria algo más importante que este hecho primordial. No está al alcance de todos descubrirlo. Sin pretender establecer

GONZALEZ VERA:
administrativas. De lejos parecería esto el colmo de la suerte, mas ¿qué ocurre realmente? Que emplea sus días en labores pasajeras e intrascendentes.

Quien se libera de los empleos ajenos al arte de escribir, se ve obligado a redactar artículos, charlas radiales, guiones o informes. Arrianda su mente.

¿No valdría más un cargo modesto, que deje horas para ir realizando la obra propia, sin apuro y sin transigir con el ambiente ni con nadie?

El escritor es individualista, pero, quiéralo o no, pertenece a una república invisible, denominada república de las letras, en donde todos son iguales, sin excepción, y en que el mérito de cada uno lo fijan los años y la crítica continua.

Sea tal o cual su posición u origen, el escritor es revolucionario respecto a su medio, y un buen número lo es frente a la sociedad, frente al mundo también.

sociedad

teófilo cid:

El papel que debe representar el escritor en la actual sociedad no puede ser sino de carácter subversivo. En ese sentido lo fueron espíritus como Balzac, Baudelaire, el mismo Proust. En el presente son subversivos, aunque sin pretenderlo, hasta poetas como Saint John Perse y Ezra Pound. Todo depende del grado de confianza que depositemos en la palabra subversión. Cada vez que el hombre abre las expuestas ilusorias de sus sueños, se hace visible en el mundo sórdido una acusación vehemente. Es obvio casi volver a repetir lo dicho por los más grandes acusadores de la vida. El hombre, con medios policiales

ARTECHE:

Porque ninguna sociedad de esta tierra es —ni será— una sociedad perfecta. El paraíso está perdido, el escritor es un exiliado, y cuando escribiste algo que no se puede realizar, en su perfección, sobre este planeta. En este sentido, el reino del escritor no es de este mundo, lo cual no quiere decir que no viva en este mundo ni que le sean ajenas las cosas de este mundo. Cada una de sus palabras pide para que algún día lleguemos a estar menos solos de lo que estamos. La palabra de un escritor, por desgarrada que ella sea, servirá siempre para unir a los hombres y no para separarlos. La palabra de un escritor deberá hacernos sentir que algo permanece del hombre después de su muerte. Y en este trabajo deberá ser insobornable frente a cualesquiera de las formas que el príncipe de este mundo adopta para silenciarlo: el dinero o el poder de un estado totalitario. Insobornable para proclamar su autonomía, su inagotable derecho para escribir con libertad. Su paso por esta

VODANOVIC:

reconocer que existen ciertas épocas históricas en que los miembros de una comunidad, toman amplia conciencia de tal calidad y experimentan la inquietud que deriva de la angustia o incertidumbre ante un destino que saben común y que está gobernado por circunstancias que el individuo aislado se ve imposibilitado de controlar. Son las épocas de los grandes cambios históricos, los que señalan la caducidad de un orden jurídico y moral y el reemplazo por otro. En estos periodos en que la conciencia social se agudiza, la comunidad exige de sus escritores, en el primer lugar de un orden de prelación, que buceen en la arremolinada realidad ambiente y extraigan la íntima verdad de acontecimientos que, día a día, influyen en la vida de los individuos. Es cuando se vitaliza lo que se ha dado en llamar "la literatura social". Y parece no haber dudas que los tiempos que vivimos presentan las características que antes anotábamos. ¿Puede hoy un escritor permanecer indiferente ante la angustia diaria de cada individuo que ve desvanecerse principios en los que antes asentaba su conducta? ¿Es posible que permanezca indiferente ante la posibilidad de una guerra que previsiblemente pudiera tener las características de "total"? ¿Dejará de oír los gritos de uno y otro bando con que se distorsiona a diario la verdad para la consecución, según se nos dice, de un fin superior? Es en estos momentos de confusión social, cuando con mayor premura se exige del escritor que, con honradez, interprete el sentir social y exprese sus angustias y esperanzas. Tal vez sea posible para otros individuos especializados en materias tecnológicas, sustraerse a este sentir social y continuar en el silencio de los laboratorios sus experiencias que dicen relación con materias muertas. Pero, para el escritor, cuyo objetivo es la recreación de la realidad mostrándola en su sentido profundo, no cabe refugio posible. Debe sondear en la realidad de nuestros días, para extraer de ellas los valores pasajeros o constantes, que originan los cambios que producen la insatisfacción vital en que vivimos y que nos impele a una renovación. Si no lo hace, necesariamente quedará al margen de las inquietudes de su época, perderá su calidad de portavoz del grupo social y, con ello, su calidad de escritor. No estará entregando a la sociedad la imagen de la realidad que ella exige a sus escritores, no estará satisfaciendo sus demandas de una visión ordenada y profunda de lo que conmueve a sus miembros.

odiosas jerarquías, hemos de suponer razonablemente que el profesor es más que el alumno, y que en general, el escritor es algo más que el simple lector. Quien acude a un libro —se supone— es porque busca enriquecerse de algo que da por sentado no poseer todavía. Pues bien, si partimos de estas premisas simples, toda obra literaria de peso necesita de su hermenéutica propia. Ahí reside su mayor interés, el provecho consiguiente, y la justificación de la labor social del escritor. Hay además, miles de detalles en la forma particular en que cada autor trata la naturaleza, el color, los sentimientos, la temática. Hay también la parte formal, el estilo, su respiración mental, y hasta su "ideología", que en cierto aspecto es una parte secundaria y, como tal, formal.

¿Quién se ocupa entre nosotros de entregar este "bocado" primordial que ha de abrir el apetito al lector; darle ese deleite indispensable para que "el espíritu se haga carne y habite entre nosotros"? Realizan, acaso, esta labor los críticos? (Suelen ser los más necesitados de dicha información). ¿Basta con la labor que ejercen los profesores de literatura en sus cátedras? Y, suponiéndola adecuada ¿fluye ésta hasta el gran público?

Es aquí (ya lo escribimos, insinuándolo, en otra parte) donde los tan mentados Talleres de Escritores o Institutos de Literatura, que se han creado en ciertas universidades nuestras, en vez de estar proporcionando abonos y almárgicos para escritores noveles (Nadie puede enseñar cómo se escribe; sólo puede enseñarse cómo no se debe escribir. ¡Y aun esto...!) podrían realizar esta magnífica labor social en países de baja cultura media, como son los nuestros. Son ellos quienes deberían apropiarse de las obras para estudiarlas en foros, de los cuales se conservaría copia, taquigráfica para no desperdiciar las excelentes sugerencias que ahí suelen darse; luego, los especializados en literatura (maestros, críticos de verdad) recopilarían aquello, y bajo una directiva propia publicarían obras de estudio, de fácil comprensión y con amplio sentido de vulgarización, sin rayar en lo pueril, para que esta información llegara al gran público, el cual podría por fin gozar del aporte de sus escritores y, a la vez, APRENDER POCO A POCO COMO DEBE LEERSE Y ASIMILARSE A LOS AUTORES. Doble finalidad: didáctica por una parte, y relacionadora, por otra, entre el escritor —demasiado alto, si ha de aportar cosa que valga—, y su público, demasiado bajo, y como tal doblemente necesitado de lo que la élite de su país pueda entregarle. Porque este fenómeno de las diferencias humanas culturales, sea cual fuere el grado de preparación de las masas, subsistirá como un factor biológico ineludible. Como subsistirán los pequeños y los altos, los magros y los gruesos, los rubios y los morenos, sea cual fuere el sistema económico imperante sobre esa masa y sobre esos escritores.

Hoy por hoy, existe entre nosotros un divorcio completo, como dijimos más atrás, entre el escritor y su público, con grave perjuicio para la unificación de la cultura dentro del medio social. Barrenechea, en cierta ocasión, improvisó una frase admirable: "En Chile se dan obras más grandes de lo que los chilenos podrían contener". Es una gran verdad, a la que podríamos agregar la glosa: "de que en Chile no existe proporción entre lo que los escritores entregan y lo que el gran público recibe", o, todavía, "de que la cultura media es demasiado baja en relación a los propios valores que Chile incuba".

No es otra la conclusión de este trabajo un tanto denso y, a la vez, incompleto por la multitud de circunstancias que no hallarían cabida en este breve espacio.

Quizás nuestras sugerencias encuentren acogida algún día. Sólo en ese día se podrá decir que Chile posee una Literatura. Hasta ahora sólo hay una literatura "que se alberga en Chile".

luis enrique délano:

libros y citándole autores. Pero me la formula en este pasillo y no tengo más remedio que hablarle a pulso sobre el tema.

La relación entre escritor y sociedad es la relación entre la parte y el todo. El escritor forma parte de la sociedad, quiéralo o no, y no puede dejar de reflejarla. Ni los poetas románticos más apegados a la soledad, ni los más aislados en sus torres de marfil han dejado o dejan de ser partes de una sociedad cuyas características transmiten, conscientes o inconscientemente; nuestra conciencia no es algo personal, sino que se forma de acuerdo con el medio en que vivimos. Por eso el escritor pone en sus obras las cosas que pasan en la sociedad y a veces, de la manera más natural, describe sus grandes taras, sus vicios.

Naturalmente hay también de parte del escritor una actitud consciente hacia la

sociedad en que vive. Con frecuencia éste no está de acuerdo con las líneas fundamentales de esa sociedad y manifiesta en su obra esta pugna. Es el caso de muchísimos autores del mundo contemporáneo. Los escritores marxistas, por ejemplo. El marxismo, ya lo sabemos, es una filosofía que no sólo explica la sociedad, sino que aspira a cambiarla. Igualmente, la literatura de los escritores marxistas no se dedica sólo a describir la sociedad, sino que ambiciona ayudar a transformarla. La literatura sola sería incapaz de hacerlo, pero es una gran colaboradora de los movimientos de masas.

El escritor no puede ser un simple autor de divertimentos sino que tiene deberes hacia la sociedad. El primero es conocerla, estudiarla, darse cuenta de dónde están las fallas y criticarlas a fondo. No hay ningún escritor grande en toda la literatura mundial que no lo haya hecho. Pero el segundo deber va más allá: es el de ayudar a eliminar estos vicios. ¿Cómo? He ahí la tarea del intelectual, que cada uno resuelve de acuerdo con su pensamiento, con su ideología, con sus métodos.

Para mí, personalmente, la sociedad en que vivimos está pésimamente constituida y es fuente de los más grandes males que tiene que afrontar el hombre: la injusticia y la guerra. Por eso he pedido un puesto en las trincheras de los que quieren cambiarla hasta sus raíces, desalojando los males y construyendo un mundo sano, venturoso, feliz.

nos ha enseñado a amar a una patria entabada y a una bandera que en cualquier momento, tal ocurrió en España, Guatemala y Cuba, puede ser a su vez pisoteada por la pata del extranjero.

No. Los términos son irrecusables. Para mí, al menos. Y para otros muchos. El escritor es un ser explosivo.

(1) Remito al lector al "major Barbara" de Shaw. Allí se dicen cosas interesantes sobre este tema.

tierra no es nada de fácil. Pero no pidamos migajas para ellos. Migajas que, so pretexto de asegurar su vida material, le hagan perder la libertad. Porque lo peor que le puede ocurrir a un escritor es que pierda hasta el derecho a morir de hambre. Que el escritor siempre pueda decir —como aquel campesino español que no quería vender su voto a un político corrompido—: "¡Es que en mi hambre mando yo!". Y que se me entienda bien: no canta mejor el poeta cuando se encuentra al borde de la inanición, arrastra una vida miserable o le arrancan los ojos. Debe, como todo hombre, mantener con decencia su condición de tal. Pero no puede comprar su seguridad personal ni su dignidad con la sangre derramada de sus hermanos, bajo el pretexto de que esa sangre se transformará "algún día" en un puro manantial. Pues frente a la sociedad, el escritor debe creer, con Pasternak, que "el hombre nació para vivir y no para prepararse a vivir".

